

Segundo domingo del TO B2021 [1]

Hoy quiero hablaros del llamado a servir a Dios. De hecho, todos estamos llamados por Dios a servirle, cada uno según su vocación y según las distintas circunstancias de la vida. Algunos están llamados a ser esposos, madres y padres de familia. Otros están llamados a ser religiosos, hombres y mujeres. Otros están llamados a vivir una forma de vida particular como sacerdotes.

Desde el punto de vista de la vocación, todos somos iguales. Ninguna vocación es superior a otra porque todas son una respuesta de fe a la generosidad de Dios que quiere que trabajemos por él en las diversas capacidades de la vida.

Sin embargo, no siempre es de una manera muy directa que Dios viene a nosotros y hace su llamado a ser claro como el cristal. A veces Dios usa la mediación humana para acercarse a nosotros. La primera lectura de hoy muestra cómo fue el discernimiento de Elí lo que permitió al joven Samuel darse cuenta de que Dios lo estaba llamando. Las historias que he escuchado de muchos sacerdotes son que fue por sugerencia de un padre, un pariente u otro sacerdote que ingresaron al Seminario y se convirtieron en sacerdotes.

En mi caso personal, recuerdo la influencia de uno de mis profesores de segundo grado. Ese hombre, aunque no esté canonizado por la Iglesia, es un santo. Todos los días, después de la escuela, tenía que llevarnos a la Iglesia para despedirnos de Jesús. Por la mañana, tuvimos que pasar por la Iglesia para saludar a Jesús. Ese ambiente me llevó a darme cuenta de cuál debería ser mi vocación y a valorar el sacerdocio. Al final, tomé la decisión de ingresar al Seminario.

No quiero minimizar otros factores como la familia o la parroquia en mi decisión. Pero hoy quiero destacar especialmente de la mediación de ese hombre que sirvió como instrumento de Dios para ayudarme.

Pero, toda vocación es como un fruto en un árbol. La fruta debe madurar, al contrario a nadie le gustaría comerla. Sé que la mayoría de nosotros somos católicos de cuna. Hemos recibido la fe como tradición. La fe o el bautismo han sido una cuestión de familia y el tejido de lo que hemos heredado. Nunca se ha tratado de preguntar por qué hago eso, sino de por qué no debería hacerlo.

A la luz del Evangelio de hoy, debemos plantearnos la cuestión de la madurez. Quiero plantear la cuestión de la madurez en términos de relación con nuestro Señor Jesús. El primer nivel bajo el cual quiero examinar esta pregunta es sobre la identidad de los discípulos llamados por Jesús.

¿Quiénes son estos hombres que han aceptado el llamado de Jesús? Son personas muy comunes, como tú y como yo, aparentemente sin cualidades particulares que las distinguen de los demás. El Evangelio dice que eran simples pescadores. Sin embargo, aunque era gente común, Jesús los llamó para hacer cosas extraordinarias, es decir, para ser sus colaboradores y hombres que tenían que llevar la salvación a los demás.

En nuestras diversas vocaciones también estamos llamados a convertirnos, cada uno a su manera, en instrumento de Dios para la salvación de nuestros semejantes. Esta tarea es tan importante que si nuestros compañeros llegan a perder su salvación eterna, mientras tengamos la posibilidad de mostrarles el camino de Dios, asumimos

alguna responsabilidad. Me siento tentado a decir que el juicio final nos reservará algunas sorpresas. Se nos preguntará acerca de la indiferencia hacia nuestros semejantes como lo fue del hombre rico hacia el pobre Lázaro.

Además, si los discípulos llamados por Jesús son simplemente personas comunes, significa que lo que cuenta no es quiénes son, sino en qué se convertirán al ser sus compañeros. Este es el caso de cada uno de nosotros. Nunca debemos tener miedo debido a nuestra pecaminosidad o debilidad. Jesús puede transformarnos; Él puede hacernos personas valientes, de los pecadores podemos convertirnos en santos. Con Jesús todo es posible y nada imposible. Tenemos que confiar en él y trabajar con él por la salvación de nuestros semejantes.

El segundo nivel en el que quiero examinar la cuestión de la relación es el del compromiso. Como dije, la mayoría de nosotros somos católicos de cuna. Hemos heredado la fe católica por tradición a través de nuestras familias. Sin embargo, ser católico de cuna no es lo mismo que tener una relación personal con Jesús. Esta cuestión de relación es muy importante hoy. La relación es siempre una cuestión de compromiso adulto. Es algo que involucra nuestras mentes, corazones y almas. Requiere la fuerza de la voluntad: quiero permanecer en esta relación. Puede que me esté pasando algo desalentador, pero me quedo aquí porque es un compromiso que he hecho.

Mientras digo esto, recuerdo a una señora que me decía que si hubiera escuchado a su madre se habría divorciado hace mucho tiempo. Pero ella no lo hizo; ella se quedó adentro; se comprometió a hacer todo lo que estuviera en su poder para que su matrimonio se mantuviera y funcionara.

Por supuesto, un compromiso no llega de repente. Como cualquier relación, se construye con el tiempo. Es un proceso de saber quiénes somos y quién es nuestra pareja. Jesús nos llama a iniciar una relación con él, a convertirnos en sus discípulos. Este es un proceso que nos llevará a descubrir que él es verdaderamente la fuente de nuestra vida.

Como los primeros discípulos, Jesús nos llama a iniciar un proceso de discipulado: “Ven y mira”. Hoy es el momento de renovar nuestro compromiso o iniciar uno si nunca lo pensamos. Haber recibido la fe de nuestra familia es algo muy bueno, pero hoy tenemos que convertirlo en un compromiso y una relación voluntaria. Hoy estamos llamados a convertirla en una relación adulta y a reactivar nuestra vida de oración, amor y caridad. ¡Dios los bendiga a todos!

1 Samuel 3: 3b-10, 19; 1 Corintios 6: 13c-15^a, 17-20; Juan 1: 35-42



Fecha de la Homilía: el 17 de Enero, 2021
© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20210117homilia.pdf